

C

UNA MUJER MUERE EN UN
CHOQUE EN ZALLA P5CUENTOS EN PRIMERA
PERSONA PARA DENUNCIAR
EL BULLYING P18

Albino Díez y Julia Martínez posan bajo un reloj de la residencia San Antonio, inaugurada hace un año. :: IGNACIO PÉREZ

¿En la residencia?, «mejor que en casa»

No querían verse «como una carga» o ingresaron para acompañar a sus parejas. Hablamos con quienes eligieron libremente vivir en un centro

Las residencias fueron durante mucho tiempo ese lugar donde nadie quería acabar, un último recurso cuando la dependencia se volvía insostenible. Hoy en día los últimos asilos han desaparecido y los centros compiten por tener entre sus filas los mejores profesionales, los últimos recursos tecnológi-

cos y atractivos espacios abiertos para el recreo de los mayores. El área para la gimnasia y la elección de algún plato del menú son ya un mínimo común en un escenario donde se abren paso los ejercicios cognitivos en pantallas táctiles. Los mayores se esfuerzan allí en recordar las figuras, colores y posiciones que han visto durante unos segundos. Y, en ese mundo, comienza a atisbarse

una nueva realidad: los mayores que han decidido libremente marcharse a una residencia.

Lo hacen por amor, por seguir al lado de sus parejas dependientes, pero también por no sentirse «una carga» y porque algunos están aquí «mejor que en casa». Isabel Sánchez Robles, diputada de Acción Social, explica que «las residencias se han especializado muchísimo. Los usua-

rios cada vez llegan más tarde y con mayor dependencia pero hay otros que eligen vivir allí. Por eso se han creado módulos diferenciados para dar respuesta a una gran diversidad. Vemos plantas con personas sin dependencia, otras con ella, y ahí entra la Diputación, y acabamos de crear plazas de alta complejidad. Todo pasa por una atención individualizada». Las instalaciones son

EN CIFRAS

83,9

años es la edad media de las diez mil personas que viven en las más de 150 residencias vizcainas. Cada vez llegan con edades más avanzadas. La esperanza de vida y los avances sanitarios elevan una media que en el año 2007 era de 82,4 años. El tiempo de permanencia en los centros se ha reducido.



JESÚS J.
HERNÁNDEZ

✉ jhernandez@elcorreo.com

ahora diáfnas y se cuidan los detalles del que para muchos es su último hogar. «Los centros se han modernizado y humanizado de forma muy importante. Fomentan la reminiscencia, trayéndoles viejos recuerdos del Athletic por ejemplo, o trabajando con águilas», añade. Hay unos diez mil mayores en las más de 150 residencias vizcainas. Hoy hablamos con los que mejor están.

«Siempre hemos estado juntos y aquí no das problemas a la familia»

BILBAO. Julia viene de cambiar una camisa, aunque al final ha comprado dos más. «Voy siempre a El Corte Inglés con mi sobrina, que es maestra», cuenta orgullosa. Lleva 58 años casada con Albino, que abandonó el pequeño pueblito palentino donde nació para montar un taller en Bilbao con sus hermanos. La empresa fue bien y se vieron viajando por 30 países, especialmente México, don-

de hace 25 años que no regresan. «Salvamos la primera crisis, la de los años 70», se enorgullece él. El curso lo sostiene ella, llenando algunos vacíos que se presentan.

«Albino nunca fue de bares ni de cuadrillas. Íbamos juntos a todas partes. Él nunca quiso lujos ni casas con piscina. Siempre insistía en que había que ahorrar», recuerda. «¿Y tenía razón?», pregunta él sonriendo. Ocupan plazas privadas en la residencia

San Antonio, inaugurada hace un año en pleno centro de Bilbao y donde algunas camas cuestan más de 3.000 euros mensuales.

Vivieron siempre en Deusto y no tuvieron hijos, así que son sus sobrinos quienes se encargan ahora de la empresa familiar. Julia, que trabajó por su cuenta en Toldos Goyoaga, se emociona cuando recuerda que «no

vamos a volver a nuestra casa» y él duda sobre el motivo con la mirada algo perdida. La familia les rodea con su cariño. «Celebramos una fiesta hace poco en Aguilar de Campoo porque hacía 50 años desde que el hermano de Albino se ordenó sacerdote». Esconden algunos caprichos en su habitación. Chocolate, que a Julia le pierde, sobaos del pueblo y algo de «jamón del bueno» para alegrar unas comidas «hechas con buen producto, pero no siempre en su punto». «Eso sí, las chicas y el director son fenomenales», destacan. «Lo mejor es que aquí no das problemas a la familia», opinan. «Y que estamos juntos, porque nos queremos mucho».

AL DETALLE

Albino Díez (82 años)
Julia Martínez (81 años)
Residencia San Antonio

Casados hace 58 años. Sin hijos. Vecinos de Deusto. Tras un breve paso por la residencia de Unbe, llegaron a San Antonio en mayo de 2016, seis meses después de su inauguración. Su sobrina les visita a menudo. Suelen ir a comer fuera con la familia y a Aguilar. Esos días, él aún toma un 'escocés'.



Leonor González empuja la silla de su marido, José Machado. :: IGNACIO PÉREZ



Severino Ortega toma la mano de su esposa, Valentina Perales. :: YVONNE FERNÁNDEZ

«Él ha cuidado tan bien de mí... ¡Cómo no le voy a cuidar yo bien ahora!»

ZORROZA. Hollywood jamás situaría una historia de amor en una residencia, pero en pocos lugares se ven mejores muestras. A Leonor González se le saltan las lágrimas cuando recuerda «cómo me ha cuidado siempre José. Estuve enferma de hepatitis y tenía usted que verle. ¡Cómo no le voy a cuidar bien yo ahora». Hoy es un día especial y ella viene elegante de la peluquería de la residencia, donde le han pintado las uñas como antaño. No deja un instante de preocuparse por José, con el que a veces «me enfado, y le digo, oye que yo soy tu mujer», negándose a que la enfermedad les arrebatase la memoria de muchos años felices. «Con lo que él ha querido a sus hijos, duele mucho ver un día que no les reconoce».

Dos de ellos suelen visitarles por las tardes y el tercero aprovecha siempre que cierra la tienda. Van a un parquecito cercano y pasan el rato charlando. Por las mañanas a ella no le puede faltar un rato de ganchillo y aguja. Cuenta maravillas de Leire, la

animadora de Zorrozoiti, una residencia donde la gran mayoría de los internos ocupan una plaza pública. Hace «terapia dual», una suerte de «gimnasia en la que tienes que ir diciendo series de números que van cambiando». Valora a todas las trabajadoras «que nos quieren, son cariñosas y nos dan besos», y «hasta nos traen el desayuno a la cama».

Su barrio de Sestao «se echa de menos». «Vine aquí por mi marido. Teníamos dos cuidadoras en casa pero cuando él tenía que ir al centro de día, yo en casa lloraba», confiesa. Algunas mujeres en su misma situación se van algunos días de vacaciones pero ella se niega a dejarle solo. Llevan juntos desde los 20 años. Pasadas las bodas de plata y las de oro, harán 75 años como matrimonio en 2021. Sólo crítica de la residencia que «no me dejan dormir en la misma habitación que él. Dicen que es para que descanses, pero yo no duermo pensando si él estará bien». Lo dicho. «No busquen historias de amor en Hollywood.

AL DETALLE

José Machado (95 años)
Leonor González (91 años)
Residencia Zorrozoiti

Dos hijos y una hija, que pasan por allí a diario. Seis nietos y cuatro bisnietos.

Nacidos en Villarino de los Aires (Salamanca), vivieron 45 años en Sestao. Tuvieron dos cuidadoras en casa por los problemas de movilidad y cognitivos de él, pero hace ya un año que llegaron aquí.

AL DETALLE

Severino Ortega (86 años)
Valentina Perales (83 años)
Fundación Miranda

Casados, sin hijos. Él trabajó de fontanero y ella era carnicera. Vivieron en Barakaldo hasta que ella alcanzó un nivel de dependencia que les obligó a venir. Su sobrina Inmaculada les ayuda con todos los papeles. Le visita también su hermana y otros familiares.

«Me pasé tres meses solo en casa y fue horrible. Ahora puedo estar con ella»

BARAKALDO. Severino viene de la calle con EL CORREO debajo del brazo. «Así me lo leo tranquilo, que luego no hay quien lo consiga». Coge la mano de Valentina, que hoy tiene dolores fuertes y casi no puede hablar. «Un día se cayó en casa y la mandaron al hospital de San Eloy. De allí fue directa a otra residencia de Barakaldo, donde pasó tres meses y yo me quedé en casa. Fue horrible. En cuanto le dijeron a mi sobrina Inmaculada, que es la que nos lleva todo, que había plazas disponibles aquí, le pedí venir yo también. Aquí vivimos en la misma habitación y estamos bien. Estamos en la gloria».

La residencia de la Fundación Miranda, donde una cama privada ronda los 2.700 euros, dispone de unos jardines espectaculares. «Hago gimnasia con Lander los martes y jueves y damos paseos por aquí siempre que hace bueno», relata Severino. La dirección suele organizar festivales gastronómicos –comida italiana, francesa, etc– e invitan incluso a los con-

sules de cada país. Hace poco, les visitaron los alumnos del colegio cercano de los Paules, que tuvieron la oportunidad de que les explicaran «cómo era en nuestra época la Navidad». Mayores y pequeños acabaron encantados tras aquella experiencia. También los chavales de Gaztelueta comparten mantel algunos días con la voz de la experiencia.

A las tardes Severino pasa un rato con su hermana Josefa. No ha dejado de lado sus aficiones desde que entró en la residencia. «Me encargo del belén de la parroquia de Santa Teresa. Empecé a construirlo hace cuatro años y lo acabé hace dos. Tiene cascadas de agua, que he hecho con una bomba de lavadora, y muchas figuras que se mueven, como un campesino arando». No era el primero que hacía, y en el municipio navarro de Los Arcos –cerca de Estella–, Severino actualizó los gigantes de las fiestas. «Tuvimos que pedir permiso al Gobierno de Navarra para poder coronarlos».

«Les dije a los sobrinos: o me mandáis a la residencia o me cojo yo un taxi»

BARRIKA. Recibe Juana a los visitantes con sus amigas. Una legión de unas diez mujeres sentadas alrededor que la llaman 'la capitana'. «Tengo 90 años, 2 meses y 15 días», precisa con detalle. Nacida y criada en Plentzia recuerda «todas las fechas, desde los nacimientos de los sobrinos a cualquier otra». Soltera, siempre ha estado acostumbrada a ser quien toma las decisiones. «Les dije a mis sobrinos: que me voy a la residencia. Si no me lleváis, me pido un taxi». Conocía bien lo que le esperaba en Barrika Barri. Había pasado previamente una temporada en el centro porque sufrió unas úlceras en las piernas y tenía una larga caminata hasta el centro de salud para sus curas diarias. Así que probó unas semanas y le gustó.

En su caso, quien convenció a los demás fue ella. «Mis sobrinos que-

rían que fuera a sus casas, pero les dije que no. Ellos son jóvenes, y yo no quiero ser un estorbo», relata. Todas las semanas, ellos acuden al centro para pasar un rato con ella, «uno por las mañanas y otro cuando libra». Lo tiene claro: «La residencia no es un hotel de tres estrellas pero le vamos a poner dos».

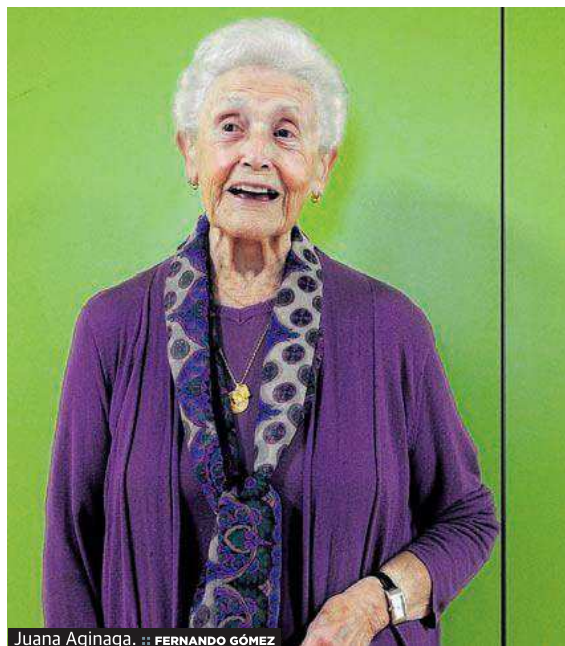
Juana y sus amigas están en la planta baja, la que ocupan los que tienen un menor grado de dependencia. El grupo juega poco a las cartas aunque a ella le gusta el tute. Se entretiene con el periódico y leyendo «novelitas cortas de amor que acaban bien». Hablan de los bailes de antaño, «con aquellas jotas y pasodobles porque lo de ahora, salvo canciones como 'Bailar pegados', no es música. Y también criticamos a la que no está. Luego le sonreímos cuando vuelve», confiesa pícaro.

AL DETALLE

Juana Aginaga (90 años)
Residencia Barrika Barri

Es soltera. Trabajó en un instituto de bachillerato de Plentzia. Lleva en el centro 5 años. La visitan todas las semanas sus sobrinos.

Hay otras solteras en el grupo, como Manoli, que llegó cuando se rompió la cadera. Están María Victoria y Dolores, que comparten la tragedia de haber perdido a un hijo. La primera es una luchadora nacida en Lamiako y criada en Elciego con su abuela materna desde que falleció su madre. «La tierra de los mejores vinos del mundo. Todavía tomo alguno». Y el grupo vuelve al bullicio.



Juana Aginaga. :: FERNANDO GÓMEZ

«Vine por mi mujer y, cuando murió, me quedé aquí. No quise volver a nuestra casa»

BILBAO. «Me llamo Celedonio Macías Martín Mateo Garrido Santiago», dice de corrido despejando cualquier duda sobre su memoria. A sus «102 años y medio», la conserva sin mácula, a corto y a largo plazo. «Mis dos hijos vienen a la mañana y vamos juntos a tomar un café calle arriba. Están ya jubilados. Uno nació en 1937 y el otro en 1942». Durante toda la conservación este antiguo empleado de banca señalará milimétricamente las hojas del calendario sin pretensiones, con una humildad entrañable, sólo por precisión.

Llegó a la residencia Conde Aresti, en el barrio de Zabala, hace diez años. «Vine aquí por mi mujer. Siempre hemos vivido en un quinto piso

de Torre Madariaga y ella enfermó. Sólo pudimos estar juntos aquí tres semanas, y falleció a los 92 años. Yo me quedé. No quería volver a casa». Muchos recuerdos y «77 escaleras» eran demasiado.

Durante décadas fueron juntos a San Mamés. «Ella sería de las primeras socias de Gol Sur. A mí me daban permiso en el Banco Bilbao –estaba en la sección de Bolsa– para salir antes del trabajo y ver la Copa de Ferias y luego, muchas veces con el traje calado por la lluvia, regresaba a mi puesto para recuperar las horas.

«¿Qué hay que hacer para llegar a esta edad y estar tan bien? Tener mucha suerte. Nosotros éramos cinco hermanos y soy el único que queda».

AL DETALLE

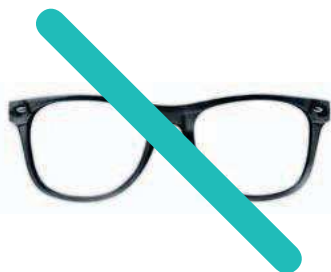
Celedonio Macías (102 años)
Residencia Conde Aresti

Viudo. Dos hijos, siete nietos y 12 bisnietos, «más alguno en camino». Siempre toma el café de la mañana con sus hijos, ya jubilados. Hasta hace cuatro años subía al monte.

Esa quizá sea la peor parte de la longevidad. «La mejor es seguir viendo a la familia. Hace poco nos juntamos 31 para comer, aunque yo cada vez voy menos porque ya estoy habituado a mis horarios de aquí». Superviviente de ocho meses de hospital en la guerra civil, la buena salud le ha acompañado. «Hace pocos años todavía iba al monte. Salía de aquí y subía al Pagasarri, a Arraiz y más lejos», recuerda. Nunca le falta el crucigrama –se lo solían ampliar para que lo llevara en sus caminatas– y su misa diaria. «Aquí comes lo que quieres. Yo estoy como un rey».



Celedonio Macías. :: IGNACIO PÉREZ



¡Hasta la vista!

Si estás pensando operarte de la vista, elige un gran equipo médico con más de 20 años de experiencia.

Pide cita, lo verás claro.

ICQO Instituto Clínico Quirúrgico de Oftalmología

94 473 35 45

Virgen de Begoña, 34. Bilbao
www.icqo.org

